ARTE

Luis Alberto Hernández en el signo de Viera: Noticias del cielo desde la isla

Sabas Martín

El Signo de Viera

Con Viera y Clavijo aprendimos que las luces del conocimiento van más allá de los límites que marcan y señalan. Como el sol cuando se derrama e invade territorios que inaugura la mirada, el saber verdadero se propaga para desvanecer sombras y oscuridades, huecos, fosas, simas y reductos, los espejos vacíos en donde habitan las carencias. Es una marea dulce de resplandores creciendo en su propio vértigo manso, ajena a lindes y fronteras, anegando compartimentos y capaz de deshacer lo previsible para instaurar un nuevo orden en el orden aprendido de las clasificaciones. Sólo en esa luz que se esparce con la ambición de lo absoluto, sólo en ese conocimiento que aspira a ser total y plural, inagotable, podemos reconocernos. Su fulgor es el de nuestra condición.

Viera y Clavijo lo sabía. Ese fue su afán y ese su sino. Ese es el signo que aún hoy, vencida la edad del tiempo, nos alcanza, nos atañe, lo designa. Viera y Clavijo lo sabía y de ahí el tamaño de su sed de ilustración, la medida de su empeño. La historia, las ciencias, la poesía, la narración, los relatos de viajero, el periodismo, la dramaturgia, la traducción fueron y son los cauces por los que transcurre su luminosa imagen. Ilustrado del saber, de ese hondo y múltiple milagro del conocimiento en que late y se revela el mundo, su ejemplo prevalece.

De Viera hubiese bastado, para colmarnos, la lección de búsqueda del conocimiento totalitario, el ejercicio multidisciplinar del saber, su decidido tránsito por la diversidad de géneros de la escritura. Y, sin embargo, el Arcediano de Fuerteventura, viajero cosmopolita, frecuentador de jardines botánicos, de museos de historia natural y academias de ciencias, artes y medicina, curioso impenitente, amigo de Benjamín Franklin, Barthelemy, Condorcet, Voltaire, Diderot y D'Alembert y de otros personajes relevantes de su tiempo con

quienes trabó conocimiento en las sesiones de los miércoles de la posada de Mr. de la Blancherie, en el sesgo irónico de su sonrisa volteriana aún guarda otro legado que acoge el cuenco de nuestra memoria. Y es que con Viera y Clavijo aprendemos también que se puede universalizar una realidad concreta, que es posible trascenderla y poetizarla, convertirla en mito, haciendo de la cultura, la historia y el espacio locales una categoría taumatúrgica que se proyecta por encima de todo tiempo y lugar.

Anclado en un riguroso sentimiento creativo, firme en su conciencia renovadora, el empeño de Viera y Clavijo nos enseña que las islas que se encierran en la Isla son la imagen del universo y que el universo es el mundo hecho Isla. La universalidad, entonces, como destino desde la razón isleña. Todo el firmamento, pues, ocupando el corazón y los sueños de la raíz. Así nos lo recordaba Agustín Espinosa en *Sobre el signo de Viera:*

> *También, como el estoico latino, puede decir Viera de sí: "Tuve dos patrias; como hombre, el mundo; como Viera, Canarias".*
>
> *Ésta ha sido la gran lección de Viera, la de su signo interior. La que aún no hemos aprendido del todo, la que es necesario que a toda hora subrayemos: Canarias. Frontera africana. Atlántica. Ibérica. Universal.*

Viera se cumple en la naturaleza definitoria de ser canario universal. Tal es su condición, que se manifiesta inherente e indisociable, irrenunciablemente identitaria. Viera es uno de los más altos y preclaros exponentes del anhelo de ser partícipe

del mundo perteneciendo a una concreta y determinada memoria histórica, geográfica y cultural. La esencia de su sensibilidad nos reclama igual que nos convoca el mar batiendo contra la orilla o confundidos sus espejos en la fijeza del horizonte. Igual que el sigilo hipnótico de la savia alimentando el tiempo sin tiempo del Drago en su sangre. Igual que se apodera de los ojos la lava cuando brota del cráter y ya no hay otro fuego posible en el que arda la mirada. Viera o la Isla sin límites. Viera o la abolición de las fronteras. Su estirpe debiera ser la nuestra. Nuestro su linaje.

Quizás por eso el viejo, y tan joven, sacerdote del Realejo Alto sea el mejor modelo para aglutinar esfuerzos, esperanzas y propósitos. Quizás por eso el signo de Viera sea el referente mejor donde encarnar el espíritu sobre el que se establece la primera conmemoración del *Día de las Letras Canarias* que ahora, el 21 de febrero de 2006, aniversario de su muerte, celebramos desde la voluntad de sabernos universales sin detrimento ni menoscabo, todo lo contrario, de nuestra condición isleña. Es grande el envite, ciertamente, pero el legado de Viera nos demuestra que las constelaciones caben en la palma de la mano y que se puede tocar el cielo, o culminar la vida en el intento, al menos, desde esta tierra tan cierta y tangible que es la Isla que nos sustenta.

Esa dualidad local/universal, Isla/mundo, convertida en Viera en una unívoca proclama de actuación, es una conciencia del ser que impregna y caracteriza su vida y su obra. Es la existencia regida por la tensión de los contrarios, por la dinámica dialéctica convertida, al cabo, en conjunción complementaria.

Para llegar a ello, Viera rebasa los márgenes del clasicismo del XVIII en que se inscribe. Cierto que junto a Feijóo, Masdeu, Sarmiento o los seguidores de la *Enciclopedia* su labor erudita y divulgadora, dentro de los afanes ilustradores dieciochescos, se alinea en el lado "crítico-negativo", con sus exigentes propuestas de renovación universal científica. O, como diría Alejandro Cioranescu, para Viera es un error representar la verdad desnuda y busca una mayor eficacia en la negativa irónica en vez de en la afirmación escueta. Es "la verdad contrahecha", debidamente connotada. Frente a este procedimiento tan vieriano, se hallan quienes propugnaban el "clásico-versallesco", como Moratín o Meléndez Valdés, decantados a favor de la apacible serenidad del estilo neoclásico. De todo ello da cuenta Agustín Espinosa en su revelador *Sobre el signo de Viera.* Pero, mirando más lejos o más adentro, como también señala el autor de *Crimen,* la elaboración intelectual universalista del que fuera

parroquiano de la tertulia lagunera de Tomás de Nava-Grimón, cobra una más cálida temperatura cuando se sumerge en la fantasía poética isleña, cuando el rigor y la gravedad racionalista se repliegan ante la pasión mitológica y folklórica. Dicho con palabras de Espinosa:

> *Si alguna vez el corazón de Viera se rellena de júbilo, es contando el claro cuento de Dácil, o relatando el viaje de Hércules, o la muerte de Guillén Peraza, el príncipe que murió en pecado inmortal.*
>
> *Ante la poesía popular de sus Islas, Viera olvida su prestigio erudito, su severidad de historiógrafo y hace poética historia, y, con el corazón entre sus manos, canta las excelencias de nuestro imberbe folklore.*

En verdad, concluye, Agustín Espinosa, Canarias enciende a Viera en la realización poética pura como Europa lo desfoga en cerebrales labores de universalidad. La adecuación de ambos estímulos, por más que el corazón prenda en una hoguera más íntima con la llama de las islas, signa y domina la obra de nuestro ilustrado. Le confiere verdad y sentido. Y, desde la ambición absoluta del conocimiento sin limitaciones, la dispone, en suma, para universalizar la Isla poetizándola, trascendiéndola en mito perdurable.

En las ascuas de ese fuego arde Viera. El mismo fuego que, en los destellos de su signo, hace suyo Luis Alberto Hernández.

Noticia de *Noticias del Cielo desde la Isla*

Noticias del cielo desde la Isla es el título genérico bajo el que se acoge la exposición de Luis Alberto Hernández que se presenta en las salas de exposiciones de la Biblioteca Pública de Santa Cruz de Tenerife (La Granja) (del 22 de febrero al 31 de marzo 2006), primero y, luego, en la Casa de Colón de Las Palmas de Gran Canaria (del 21 de abril al 21 de mayo 2006). Desde las artes plásticas, la muestra viene a sumarse a la celebración primera del *Día de las Letras Canarias*. Pero antes de proseguir, permítasenos dar cuenta de ciertas peculiaridades y antecedentes. Y permítasenos, igualmente, hacerlo al modo didáctico del diálogo entre anónimos interlocutores, tan querido y característico del proceder de Viera y Clavijo:

PREGUNTA: ¿Cómo surge *Noticias del cielo desde la Isla*?
RESPUESTA: La idea inicial de *Noticias del cielo desde la Isla* tiene su origen en la serie de ilustraciones a color elaboradas por Luis Alberto Hernández para la edición hecha por Sabas Martín de la obra de Viera y Clavijo Noticias del cielo o Astronomía para niños, publicada por la Viceconsejería de Cultura y Deportes del Gobierno de Canarias y la madrileña editorial Anaya dentro de la Biblioteca Infantil Canaria, en 1993. Esta obra de Viera apareció por primera vez en 1807, en Imp. Canaria y, luego de su edición en la Biblioteca Infantil Canaria, fue publicada nuevamente, auspiciada por la Dirección General de Cultura, en 2004, con ocasión de la celebración en las Islas del *Día de la Biblioteca*.

P: ¿Dónde se conserva esa obra de Viera y cuáles son sus características?
R: El texto se encuentra en la Biblioteca Municipal de Santa Cruz de Tenerife y es un breve tratado de iniciación a la Astronomía destinado a instruir a los más jóvenes en el conocimiento de los cuerpos celestes y a poder distinguirlos en su individualidad.

P: ¿Por qué el interés de Viera por la Astronomía? ¿Qué utilidades veía en ella?
R: El propio Viera y Clavijo lo explica en el capítulo final de la obra diciendo que las ventajas de ese saber son "muchas, muy importantes, muy honrosas y de la mayor satisfacción". Para Viera, y según sus propias palabras, la Astronomía es la ciencia "que puede suministrarnos la más admirable idea del Universo y de la magnificencia del Creador. La que debe llenar al hombre, en medio de su pequeñez, de una loable vanidad al considerar la noble osadía con que su ingenio, abalanzándose a la inmensidad de los cielos, ha logrado contar los astros, medir sus cuerpos, pesar sus masas, calcular sus distancias, y penetrar las leyes de su movimiento y la armonía de sus atracciones".

P: Así, pues, ¿la Astronomía, sobre todo, sería un ejemplo de la capacidad de la razón humana?
R: Ciertamente, así es. Ese es el principio que anima toda la labor de Viera. Y

esa capacidad, aplicada en concreto al estudio de los astros, ha servido para regular las estaciones y los ciclos de la agricultura. Para establecer sendas de navegación y pilotaje. Para las mediciones geográficas de meridianos y latitudes. Para fijar climas y verificar épocas y datas de la historia. Para delimitar celebraciones religiosas y públicas. Para fundamentar mitologías y fábulas. Para desterrar temores, imposturas y supersticiones surgidas en la ignorancia ante eclipses, auroras boreales o cometas.

P: La exposición de Luis Alberto Hernández ¿presenta un carácter científico o didáctico?
R: En absoluto. Acudir a la muestra con semejante idea preconcebida sería una equivocación. Se trata de una libre interpretación artística que recrea, desde la impronta estética, algunos de los temas y motivos sugeridos a partir de la lectura de *Noticias del cielo*.

P: Y ¿por qué el título de *Noticias del cielo desde la Isla*?
R: Porque la exposición de Luis Alberto Hernández no se limita solamente a las ilustraciones hechas para el libro de Viera. Además se exhiben piezas surgidas en la contemplación y reelaboración íntima de la esencia del paisaje insular, de sus texturas y perfiles, de sus criaturas y sus ensoñaciones, de las tensiones secretas de la memoria y los colores ocultos de lo imaginado. Con ello compone todo un mundo mítico original, imagen y reflejo trascendido del Archipiélago resumido en la Isla. Luis Alberto Hernández, como Viera, transforma la realidad concreta para poetizarla y, sin que se diluya la concreta identidad isleña, se encarne en una nueva categoría universal ante el asombro de la mirada.

P: ¿En *Noticias del cielo desde la Isla* se cumple, pues, la dualidad local/universal, Isla/mundo que retrata el signo interior de Viera?
R: ¿Qué mayor universalidad que la del firmamento entero? ¿Qué otro localismo máximo que reconocerse en la tierra a la que se pertenece?... Aquí ambos impulsos se funden y conjugan. Es, sí, el mismo fuego destellando en la mano de un pintor esencial.

Luis Alberto Hernández: La Mirada Esencial

En otro lugar he escrito que por la escritura aspiramos a iluminar el mundo en los nombres. Con la pintura, lo revelamos en la celebración de la mirada, en el ritual de la luz y el color y su inasible estremecimiento de planos y volúmenes, ofreciéndose las formas al gozo de la contemplación. Poeta y pintor participan de la condición de los oficiantes de

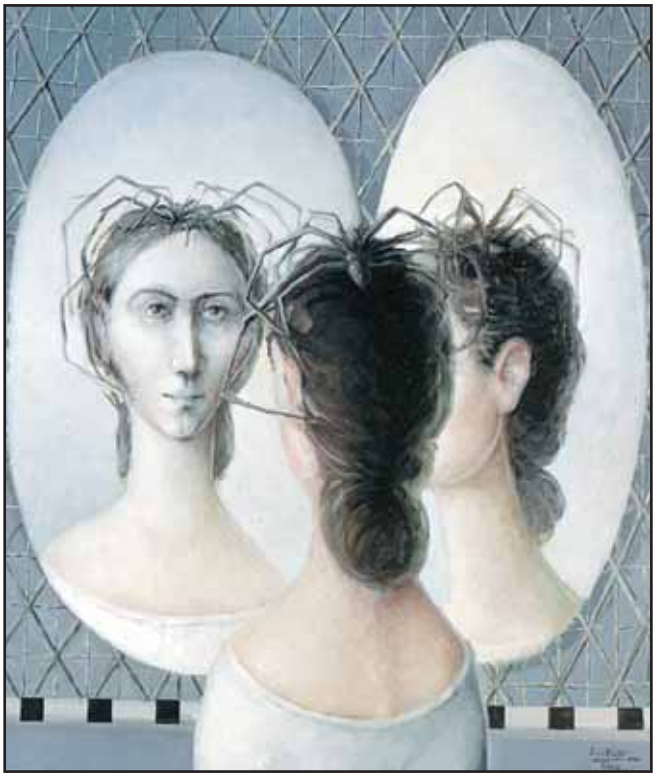
ceremonias ignotas: transitan por esos territorios donde se palpa con el verbo o con las manos la esencia de lo intangible. La verdadera pintura, como la palabra verdadera, provoca no el orden, sino el desorden; no la conformidad, sino la perturbación de los sentidos. En Luis Alberto Hernández se cumple esta condición. Es un pintor esencial. De esos en cuya mirada se establece la luz como un fuego que anidara en la fijeza y luego estallase en la sed de sombras y resplandores que trama el cuadro. Su obra siempre es un descubrimiento porque la pintura auténtica, como la palabra necesaria, cuando retrata el mundo o cuando lo nombra, entrega más de lo que enseña. El hecho creador se convierte, pues, en un acto de revelación. Y así nos lleva al comienzo, al principio, a ese origen verdadero que palpita en lo hondo, más adentro, más allá de las apariencias y de lo que esconde aquello que vislumbran los sentidos.

Luis Alberto Hernández sabe que contemplar el mundo para recrearlo o imaginarlo luego en formas, perfiles, volúmenes, sombras y colores, es un modo de conocernos a nosotros mismos; es una manera de revelar nuestra humana condición por más que ésta, a veces, se enmascare bajo insondables o enigmáticos aspectos. En ese diálogo intangible entre el Arte y la Vida, la de Luis Alberto Hernández es una mirada que enseña a inaugurar un tiempo distinto, ciertamente esencial. Un tiempo poblado por los asombros del paisaje que, encerrados y enmarcados en ocasiones en forma de óvulos, se convierten en paisajes dentro de paisajes, como si la geografía a sí y en sí misma se naciera. Un tiempo en el que la mano que pinta contiene el mar imaginando arcoiris diferentes, la música desnuda con que los cuerpos se convierten en perfiles sutiles o explícitos de calidez erótica, el desconcertante enigma que convocan criaturas extraordinarias surgidas de quién sabe qué remotos nidos de araña o de qué bestiarios de fabulosas ensoñaciones. Un tiempo regido por el rumor del tacto descubriendo la sensualidad de la materia y en donde suceden las raíces, destellan espejos de lava, el blanco se incendia de azules, la tierra se cree cielo y el cielo gravita pensándose suelo, lava, hueso, arena, huella vegetal. Un tiempo impregnado, tantas veces, por esa forma de piedad que es la ironía y que se propaga en la ternura y en donde los seres humanos se cumplen en orondas y felices redondeces, en la inquietante fijeza del silencio o en las ocultas marcas del dolor que se nubla y se vela ante los ojos. Asomarnos a la pintura de Luis Alberto Hernández es sentir la atracción mágica y fascinadora del sol que reclama la mirada desde el fondo del abismo. Es soñar su mismo sueño de malpaíses que laten desde el Atlántico, desde Canarias y sus islas de

entregas, celebraciones y derrotas ante el mar del origen. Es comenzar a interpretar los signos de la vida. Y a reconocernos en el intento.

Con un alto grado de compromiso entre obra, pensamiento y experiencia, ajeno a las concesiones de la moda y los usos comerciales, Luis Alberto Hernández es uno de esos artistas excepcionales capaces de instaurar un universo propio en el que late una voluntad creadora que va más allá de los límites de lo momentáneo y lo anecdótico. Su insobornable independencia se alía con un profundo conocimiento de la materia pictórica, evidente en una sobrada maestría tanto en el dibujo como en el tratamiento del color que aborda con el mimo y el esfuerzo que sólo pueden ofrecernos los pintores fundamentales, referencia insoslayable del patrimonio de nuestra memoria. Y, siempre, en la raíz de su obra: el latido de nuestra condición revelándose inevitable, necesariamente isleña y, por verdadera, en el centro mismo del mundo.

Todo esto, en gran medida, se cumple de nuevo en *Noticias del cielo desde la Isla.* No podía ser de otra manera tratándose de un artista auténtico. Aquí, y en el signo de Viera, Luis Alberto Hernández somete la realidad que nos identifica, esos territorios de la geografía a la que pertenecemos, a un proceso de mítica poetización para trascenderla a un orden universal. Como Viera, también él, con el corazón



en la mano, se incendia en la lava del fuego invisible de los motivos de la Isla que aparece inédita y más honda ante quien mira y atiende. Y digo que se cumple "en gran medida" porque en las obras que ahora nos muestra Luis Alberto Hernández no es tan abundante la proliferación de la presencia humana, ese pálpito prójimo y carnal de la vida, significativo en el conjunto de sus cuadros anteriores. Y ello es así porque deliberadamente el pintor ha querido ajustarse con esmero a esa dualidad complementaria del cielo y la Isla que pone nombre a la exposición. En contrapartida nos ofrece una serie de piezas objetuales, de composiciones tridimensionales realizadas con materiales diversos tratados de forma singular, que constituyen la prolongación en otros soportes del universo mítico y poético que caracteriza la muestra. La interpretación del retrato de Viera y Clavijo a partir del conocido grabado de P. Hortigosa, incorporando en esa recreación referencias a elementos iconográficos de la tradición y la modernidad insular es, por otra parte, el homenaje del artista a un Viera que, desde el silencio vivo de sus ojos, continúa interrogándonos desde el otro lado de la historia sobre nuestra condición y nuestro destino.

Así es, en suma, como la pintura de Luis Alberto Hernández nos incita a descubrir lo que oculta la realidad. Ante su obra debemos mirar como si fuera la primera

vez que nos asomamos al horizonte, adentrándonos hasta la esencia misma de las formas. Esa es su propuesta: ir más allá de la apariencia para descubrir, en la revelación de lo inesperado, la esencia de la tierra en la que transcurrimos, nuestro verdadero rostro en el mundo, reflejado en su mirada originaria y trascendida. Luis Alberto Hernández pertenece a la categoría de los creadores que vencen a la caducidad del tiempo. Ésa, entre la sorpresa y el asombro, es la certeza mayor de su arte, el arte de un pintor esencial. Escrito está:

LUIS ALBERTO EN SU PINTURA
(La luz y la mirada)

Vivimos en la mirada. Y todo el latido de la vida cabe en la disposición de los colores. Como un fuego que se quedara quieto de repente.

El resplandor de las formas acecha en la fijeza.

Se cumple la trama de la luz y su sed de sombras.

La risa es el goce de la carne; el dolor, su callado incendio.

En los ojos comienza y acaba el mundo.

Cometido el color y sus enigmas como un fuego que en su propio fuego prevalece, al otro lado del tiempo late la luz que nos fragua en la mirada.